

*Manuel Gálvez y la concepción del Interior argentino  
en sus textos de juventud. Coherencias y “rupturas  
ideológicas” (1910-1922)*

Santiago Javier Sánchez

IDEHESI/INSTITUTO DE HISTORIA/CONICET

---

ABSTRACT

---

In this article, we will focus on some of the first works of Manuel Gálvez (*El diario de Gabriel Quiroga, La maestra normal, La vida múltiple, La sombra del convento, La tragedia de un hombre fuerte*) and on the conception of Argentine ‘Interior’, a geographical and cultural region. Our purpose is to study both the political coherence of the young Gálvez and his ‘ideological ruptures’, contradictions and ambiguities which provoke his fluctuations between right and left, past and present, tradition and modernity.

**Keywords:** Manuel Gálvez; first works; Argentina; Interior; ideological ruptures

En este artículo nos centraremos en el análisis de algunos de los primeros textos de Manuel Gálvez (*El diario de Gabriel Quiroga, La maestra normal, La vida múltiple, La sombra del convento, La tragedia de un hombre fuerte*) y en la concepción, allí esbozada, del “Interior” argentino, una región a la vez geográfica y cultural. Nuestro objetivo es subrayar tanto la coherencia política del joven Gálvez como sus “rupturas ideológicas”, esto es, sus contradicciones y ambigüedades, que lo hacen fluctuar alternativamente entre la derecha y la izquierda, el pasado y el presente, la tradición y la modernidad.

**Palabras claves:** Manuel Gálvez; primeras obras; Argentina; Interior; rupturas ideológicas

---

## Un escritor nacionalista

Manuel Gálvez (1882-1962) fue un abogado, periodista y escritor nacido en Paraná y fallecido en Buenos Aires. Criado en la ciudad de Santa Fe, en el seno de una familia de la elite local, cursó estudios de Derecho en Buenos Aires, en donde se radicó. Allí tuvo su primera incursión en el mundillo literario al fundar y dirigir la revista *Ideas* (1903-1905). En estos años publicó sus primeros trabajos en la prensa capitalina, y fue evolucionando ideológicamente, desde un vago anarquismo juvenil hasta un catolicismo nacionalista e hispanista que objetaba, en buena parte, el proyecto de la Generación del Ochenta<sup>1</sup>. Mucho influyeron, en ese sentido, su viaje a Europa en 1905, en particular su visita a España, y su matrimonio con la escritora católica Delfina Bunge, en 1910. El redescubrimiento espiritual de la Madre Patria corrió paralelo a su regreso a la Iglesia, y su incipiente obra literaria así lo reflejó. Tras la publicación de dos volúmenes de poesías, *El enigma interior* (1907) y *Sendero de humildad* (1909), en 1910 hizo lo propio con su ensayo *El diario de Gabriel Quiroga*. Este libro pertenece a un género híbrido, a medio camino entre el diario personal y el ensayo nacionalista, enmarcado dentro del contexto general del Centenario de la Revolución de Mayo y de la “literatura de balance” escrita en torno a 1910<sup>2</sup>. En esta obra Manuel Gálvez creó un personaje ficcional y alter ego suyo, Gabriel Quiroga, que más tarde reaparecería en algunas de sus novelas.

Diletante y escritor intermitente, miembro de la más rancia elite criolla de Buenos Aires, Gabriel Quiroga viaja intensamente por Europa, en donde conoce el legado cultural de España. De regreso a su país, recorre el Interior, que redescubre a su vez como último reservorio de las tradiciones autóctonas preservadas de la inmigración europea, del cosmopolitismo y del materialismo del Litoral<sup>3</sup>. Su

---

<sup>1</sup> Desde un punto de vista político la expresión “Generación del Ochenta” alude a la elite gobernante de la Argentina durante el período 1880-1916, a partir de la primera presidencia de Julio Argentino Roca (1880-1886). Fue Ricardo Rojas quien, en su monumental y pionera *Historia de la literatura argentina* (1917-1922) acuñó esta expresión, en el plano artístico, para referirse a la fragmentaria actividad escrituraria de sus miembros.

<sup>2</sup> Hacia 1910 fueron publicadas varias obras que expresaban este “espíritu de balance” del primer siglo de vida soberana así como un principio de nacionalismo y de formulaciones a futuro. Podemos citar, además de *El diario de Gabriel Quiroga* (1910), *La restauración nacionalista* (1909) y *Blasón de plata* (1910), de Ricardo Rojas, *Los gauchos judíos* (1910), de Alberto Gerchunoff, y las conferencias dictadas en 1913 por Leopoldo Lugones sobre el poema gauchesco *Martín Fierro*, de José Hernández, posteriormente publicadas en el volumen *El payador* (1916).

<sup>3</sup> El “Interior”, en la Argentina, es todo el país a excepción de la ciudad y provincia de Buenos Aires, en tanto que el Litoral es un término que en parte lo contradice, ya que incluye las provincias regadas por los tres grandes ríos (el Uruguay, el Paraná, el Plata), es decir, Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes. Para Manuel Gálvez, la división geográfica, histórica y cultural no sería

flamante nacionalismo y sus convicciones católicas y conservadoras atraviesan las páginas de su diario. En éstas Quiroga critica acerbamente la falta de valores de la sociedad contemporánea, las ideologías que él considera extranjerizantes y disolventes, como el anarquismo, y sostiene la vehemente necesidad de una argentinización del país.

Los postulados de Gálvez-Quiroga se inscriben dentro del cambiante clima de ideas de fines del siglo XIX. Ciertamente, la transformación de este universo teórico supone la erosión de los principios del positivismo hasta entonces imperante y una desconfianza creciente respecto del liberalismo. Frente al racionalismo decimonónico, se produce un fuerte resurgimiento de las posturas irracionistas, expresadas en diferentes corrientes. La sensibilidad “decadentista”, combinada con el malestar cultural de las minorías intelectuales a las que pertenecía Gálvez, conforman este “espíritu *fin-de-siècle*” (Gramuglio, 2001, pp. 26-27).

*El diario de Gabriel Quiroga* se inicia el 4 de enero de 1907 y culmina el 25 de mayo de 1910. La mayor parte de sus entradas está fechada en diferentes ciudades del Interior. Esta circunstancia refleja, de alguna manera, el trabajo de Manuel Gálvez como Inspector de Enseñanza Secundaria, el cual lo obligó a viajar y a conocer en profundidad las provincias argentinas. Muchos años más tarde, al publicar sus memorias, el propio Gálvez así lo confesaría: “A mi cargo de Inspector le debo el no ser un escritor europeizante... por medio de él me puse en contacto íntimo y profundo con el alma nacional, con los paisajes de mi tierra, las costumbres, las canciones, las danzas, las gentes, las formas de vida” (Gálvez, 1961, p. 48). *El diario...* comienza brindando una síntesis de los males de la nación y prescribe soluciones acordes con las políticas culturales de la elite dirigente, léase educación, estudio del “alma colectiva”, “sugestión de los viejos ideales”, y reconquista de la vida espiritual. El desarrollo posterior del texto constituiría así “una rica serie de amplificaciones y variaciones de este fragmento inicial” (Gramuglio, 2001, pp. 36-37), a partir del cual se esbozan las dicotomías básicas que articulan la perspectiva de una Argentina escindida en diferentes líneas de fractura. La dicotomía principal es de orden temporal: entonces-ahora, pasado heroico-presente caído. En otras palabras, se trataría de la idea clásica de decadencia que, en el caso de la Argentina se multiplica en otras posibilidades, a saber, espiritualismo-materialismo, nacionalismo-cosmopolitismo, vida artística del pasado-vida efímera o adventicia del presente (*ibídem*, p. 37).

Estas dicotomías son espaciales, políticas o sociales y encarnan valores positivos o negativos que corresponden a uno u otro término de la relación. Se advierte, en ellas, la distinción de origen romántico, sarmientino, entre civilización

---

entre Buenos Aires e Interior, sino más bien entre Litoral e Interior, o entre regiones llanas y regiones montañosas.

y barbarie, y la oposición apariencia-realidad, rescrita frecuentemente como falso-verdadero, inauténtico-genuino, o superficial-profundo. El primer término se vincula con el mercantilismo metropolitano, porteño, mientras que el segundo lo hace con el “país profundo” del pensamiento nacionalista francés, o con la “intrahistoria” de Unamuno (*ibidem*, p. 38).

### **España, Manuel Gálvez, y la intrahistoria argentina**

En la voz de Gabriel Quiroga, esta influencia europea se combina con el análisis del problema nacional argentino. Al contrario de España, unificada desde la región central y estática de Castilla, aquí la unificación se produjo desde el dinámico puerto de Buenos Aires. Es esta ciudad, hasta poco tiempo atrás la única conexión ultramarina de la Argentina, la que está homogeneizando el país según sus valores antipatrióticos e inmorales: “Buenos Aires [...] está unificando al país: en su carácter cosmopolita, su materialismo escéptico, sus costumbres de pueblo sin personalidad y su moral canallesca de ‘ciudad tentacular’” (Gálvez, 2001, p. 90). Cuarenta años atrás, era a la inversa: las provincias influían sobre Buenos Aires y las ciudades conservaban su condición de americanas, así como un sentido de la nacionalidad (*ivi*, p. 90). Hoy en cambio las capitales del Interior pierden su fisonomía original e intentan copiar a la ciudad-puerto:

Buenos Aires ha insuflado su idiosincrasia cosmopolita en el alma de la patria vieja. El aire envenenado de la gran ciudad-puerto se dilata ya por todo el país, y las provincias, inoculadas de vanidad y superficialidad, imitan a Buenos Aires. Para ello destruyen las fisonomías de sus pueblos estáticos y muertos y los convierten, al quitarles el aspecto romántico y criollo, para hacer de ellos una pobre copia de Buenos Aires, en monstruos de fealdad y cursilería (*ibidem*, p. 91).

El Interior se muestra así esencialmente conservador, a diferencia de las regiones marítimas, “antitradicionalistas” (*ibidem*, p. 91). Sin embargo, Gálvez-Quiroga no deja de reconocer que el progreso llega a través de los puertos. El Interior ya no puede, como ayer, transmitir su impronta al conjunto del país, sino que se ve relegado a su condición de reservorio del alma nacional:

[...] el progreso, siendo dinámico, renovador e innovador, se manifiesta plenamente en los puertos, los cuales trasmiten a los pueblos mediterráneos el espíritu cosmopolita de la actual civilización. Las provincias, cuando nuestro país era bárbaro, pudieron dar la dominante de su espíritu, pero ahora que la fiebre de progreso nos devora y nos inquieta, el Interior ha quedado reducido en su tremenda lucha contra el cosmopolitismo de las comarcas litorales a conservar los últimos restos de la vieja alma nacional (*ibidem*, p. 91).

En su ensayo “La soledad de la España castellana” Miguel de Unamuno cita las palabras del pintor bilbaíno Adolfo Guiard, quien decía que la civilización sólo llega hasta donde llega la marea. Es así que en Bilbao el mar, que es “como la sangre de las tierras económicas”, ingresa apenas unos kilómetros tierra adentro, a través de su ría (Unamuno, 1980, p. 54). En cuanto a Castilla, sin contacto con el mar y con el mundo, vive una “terrible soledad”. Ésta habría provocado una “cierta concepción robinsoniana” que persistiría aún en los pueblos de las mesetas centrales y que respondería a la idea dogmática de que España se basta a sí misma, por lo que debería permanecer aislada, sin tratar a otras naciones (*ibídem*, p. 56). Es por ello que Unamuno brega porque las “brisas espirituales” del mar penetren tierra adentro, despertando la conciencia internacional y con ella la conciencia nacional. Habría entonces necesidad de una vida espiritual, política y cultural centrípeta, actuando de la periferia al centro, y no centrífuga, del centro a la periferia (*ibídem*, p. 59). Esta postura unamuniana es opuesta por definición a la de Gabriel Quiroga en la Argentina, quien aspira a que el Interior marque su impronta sobre el Litoral.

La simpatía hacia Castilla, piedra angular de la nacionalidad española que la Generación del 98 estaba reformulando, es compartida por Manuel Gálvez y por Ricardo Rojas, otro de los más conspicuos integrantes de la Generación del Centenario argentina (Payá-Cárdenas, 1978, pp. 70-71). *En torno al casticismo*, el libro de Miguel de Unamuno publicado en 1902, brinda así buena parte de las nociones y conceptos que sirven de puntos de partida al pensamiento nacionalista de estos dos autores (*ibídem*, p. 75).

En el alba del siglo XX, la Argentina se muestra al mundo como una nación joven, optimista y opulenta que contrasta con una España materialmente pobre. No obstante, ambos países comparten la necesidad apremiante de la búsqueda de una esencia nacional, aquejados como se hallan por la disgregación de sus respectivas tradiciones. Esto lleva, de uno y de otro lado del Atlántico, a mirarse a sí mismos. Tal circunstancia, agravada por la derrota española en la guerra contra los Estados Unidos (1898) y por la pérdida de sus últimas colonias, conduce a un nuevo descubrimiento de América desde España combinado con una renovación de los ideales y de las formas literarias. De allí a la revaloración de los paisajes y tradiciones populares sólo hay un paso (*ibídem*, pp. 69-70).

*La sombra del convento*, novela que Gálvez publicó en 1917, está ambientada en la Córdoba argentina, ciudad de fuerte tradición católica e hispánica. En una de sus primeras escenas se muestra a su protagonista, el joven José Alberto Flores, contemplando embelesado la Catedral. Este templo, construido durante la Colonia, le trae reminiscencias españolas, y lo reconcilia con sus raíces y su infancia:

José Alberto, frente a aquel trozo de arte colonial, el más bello que existía en el país, sentía renacer su alma de viajero y de artista, y evocaba las catedrales castellanas, las calles de Ávila, los muros románticos de la ciudad de los santos y los caballeros [...] Emociones de tradición, nostalgias de años pretéritos se agregaban a la emoción del arte, y, junto con la vieja Córdoba, sus horas infantiles revivieron en su alma (Gálvez 1949, p. 22).

El vínculo estrecho entre infancia y linaje hispanocriollo es subrayado aquí por el escritor. Tal memoria íntima atesorada por Manuel Gálvez en relación a su pago provinciano se expresa desde el punto de vista de este joven de la elite criolla cordobesa. José Alberto acaba de regresar de Europa a la edad de treinta años, después de una década de ausencia. A los veinte se alejó de su familia y de la Iglesia Católica, padeció episodios de angustia y un intento de suicidio. Su padre, disgustado, lo envió entonces al Viejo Mundo, a que educara su espíritu y su intelecto. Durante este largo lapso se produjo su muerte, y su hijo, quien en primera instancia prosiguió con su vida mundana, inició luego una lenta transformación interior que impulsó su regreso a la Argentina. El llamado de la tierra y del pasado, sumado a una creciente sed espiritual, a una búsqueda de Dios, definen su regreso a la Córdoba natal. Mientras recorre sus calles José Alberto se va reencontrando con los elementos materiales y afectivos que marcaron sus primeros años. Pero ese pasado, aparentemente petrificado en una ciudad detenida en el tiempo, comienza a mostrar sus fisuras. Es así que al alejarse y mirar la Catedral en perspectiva, José Alberto se percata, no sin dolor, de que ha cambiado, que ya no es la misma, que su fisonomía histórica ha sido sacrificada, si bien sólo parcialmente, a la modernización y al espíritu de lucro:

Manos criminales, con el vil propósito de modernizarlo, habían destruido su encanto. Ya no tenían el frente ni las torres el color de otros tiempos, el color negruzco de las piedras tradicionales, de las piedras que nos hablan al alma de cosas profundas y eternas. Sus muros augustos estaban revocados y pintados, y a lo largo de la calle 27 de abril, donde antes de levantaban sombreros y bellos árboles, habían construido, por monstruosa avaricia, execrables casitas de alquiler (*ibídem*, pp. 22-23).

José Alberto condena sin atenuantes esta alteración estética de la Catedral, puesto que tal operación supone un imperdonable atentado contra su esencia y contra su más pura espiritualidad. Claros ecos de Maurice Barrès y de su obra *La grande pitié des églises de France*, de 1914, resuenan en el siguiente fragmento, cuando se habla de las iglesias en general:

José Alberto sintió odio hacia los hombres sin cariño al país, que destruían torpemente la belleza que crearon generaciones de pasados siglos. ¿Cómo era

posible semejante falta de amor y de respeto a las cosas del arte y del espíritu, semejante desprecio a la tradición, semejante afrenta a la religión y a la Iglesia, a las que ofendían aquellas casuchas pegadas a los altares y que ocultaban el más bello costado de la Catedral? Y no era sólo la anulación de una parte del valor artístico de la Catedral lo que indignaba a José Alberto, sino la pérdida casi completa de su valor tradicional y afectivo. Como su escritor predilecto, Barrès, creía que las iglesias eran hogares de espiritualidad. Evocaba las generaciones de argentinos que vivieron, entre aquellos muros antiguos, horas profundas y nobles, y parecía que de la Catedral se desprendían efluvios de misticismo, un leve polvillo de espiritualidad y de fe que se derramaba sutilmente sobre la ciudad. Y este hogar había sido violado ignominiosamente, desposeído de su carácter, de su color, de sus líneas; valía decir, pues, de su alma (*ivi*, p. 23).

En consonancia con esta misma línea de pensamiento José Alberto deplora los focos eléctricos de excesiva luz que pueblan el interior de la Catedral, como así también sus ostentosos dorados:

El interior del templo estaba iluminado como un salón, con miles de lamparillas eléctricas. Desde la puerta, José Alberto adivinaba otros atentados cometidos en lo interior, ahora lleno de dorados que atestaban el techo, las paredes y los altares, y a los que las luces encendían como fuego (*ibídem*, p. 23).

Como producto del primer viaje de Manuel Gálvez a España en 1905 vio la luz su libro de ensayos *El solar de la raza*, aparecido tardíamente, en 1913. En este texto se reivindican la religiosidad y el arte españoles, la poesía de las viejas ciudades castellanas, el linaje hispánico prolongado en América y los indisolubles lazos que unían a la Madre Patria con sus antiguas colonias. En todo caso, la influencia de Miguel de Unamuno y de Ángel Ganivet (precursor del '98) es notoria tanto en Gálvez como en Rojas (Payá-Cárdenas, 1978, p. 120). De Ganivet procede la noción de "espiritualismo", fundamental en ambos autores argentinos:

Cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica: hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreducible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisonomía de ese país. Y, como siempre que se profundiza, se va a dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo que se encuentra en el espíritu territorial. La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación; la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste (Ganivet, 1961, p. 276).

Este "espíritu territorial" o telurismo no debe ser entendido desde una posición absoluta. La idea en cambio es que cada territorio, con sus habitantes,

forma una “personalidad histórica”. Sin lugar a dudas, la postura de Ganivet guarda cierta analogía con la esgrimida por los nacionalistas argentinos en relación al Interior de su país:

Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos el rótulo dantesco que diga: *Lasciate ogni speranza, sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: Noli foras ire: in interiore Hispaniae habitat veritas (ivi, p. 276).*

Se comprende mejor entonces cómo es que, con posterioridad a los escritos de Ganivet, Miguel de Unamuno, adoptándolos como punto de arranque de su análisis teórico e histórico del caso español, acuña la noción de “intrahistoria”. Este concepto clave estará presente tanto en Manuel Gálvez como en Ricardo Rojas:

Las olas de la historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del “presente momento histórico”, no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en los libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura no mayor con respecto a la vida intrahistórica, que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro [...] Esa vida intrahistórica, silenciosa y continua como el fondo mismo del mar, es la sustancia del progreso, la verdadera tradición, la tradición eterna (Unamuno, 1991, pp. 49-50).

La verdad española, la esencia de su nacionalidad, habitaría entonces en su núcleo territorial más profundo, es decir, en la región de Castilla. De manera análoga, el Interior, para Gálvez, conformaría la matriz identitaria, la piedra de toque de la Nación argentina. El alma nacional, “intrahistórica”, es equiparada por Manuel Gálvez a un río subterráneo que, en el caso argentino, sigue corriendo bajo una durísima superficie de influencias internacionales, resultado de la inmigración europea. Esta idea unamuniana de intrahistoria se repite en *El diario de Gabriel Quiroga*, y sirve funcionalmente a la causa de un incipiente nacionalismo cultural argentino:

Sucede con el alma nacional lo que con esos ríos que corren un trecho de su curso por debajo de tierra. El alma nacional no se ha extinguido del todo sino que sigue



su camino, aunque oculta bajo una espesa capa de cosmopolitismo. Igual que sobre el trecho escondido de aquellos ríos, ignoramos la dirección de la corriente invisible, también así, en el actual período transitorio, nada sabemos del alma nacional. Para encontrarla debemos volver al pasado y seguirlo en su marcha bajo el materialismo que la cubre (Gálvez, 2001, p. 87).

Esta intrahistórica alma argentina estaría alojada en las escasas tradiciones aún existentes, así como en unos pocos libros y localidades provincianas (como Córdoba) sustraídos a la modernidad: “El alma argentina hay que rastrearla en las escasas tradiciones que conservamos, en unos cuantos libros exiguamente representativos y en la vida de aquellos pocos pueblos donde no ha penetrado la civilización contemporánea” (*ibidem*, p. 98). El argentino de las regiones montañosas, para Manuel Gálvez, es el único que permanece incontaminado de cosmopolitismo, ya que los inmigrantes sólo se han establecido aquí de forma muy minoritaria o prácticamente nula. Todo lo contrario del argentino del Litoral, que se ha convertido en un extranjero en su propia tierra. Las provincias encarnan así las tradiciones y la nacionalidad, la “intrahistoria de nuestro pueblo” pero reciben ahora la influencia negativa de la capital. De esta forma, el Interior mediterráneo, libre de la inmigración, se erige en refugio del alma nacional, y encarna “la resistencia a la desnacionalización” (*ibidem*, p. 140).

En *La tragedia de un hombre fuerte*, novela de 1922, Manuel Gálvez vuelve a aludir, veladamente, a la intrahistoria argentina. Esto sucede cuando describe la Cámara de Diputados de la Nación hacia 1916-1918. De este cuerpo legislativo forma parte el protagonista de la historia, Víctor Urgel, un joven ingeniero, patricio criollo, proveniente de una provincia que no se nombra pero que se parece bastante a Santa Fe. Mientras los vanidosos diputados del Litoral se muestran más preparados, actualizados y dinámicos, los más modestos provincianos adolecen de un aspecto vulgar y pachorriento. Para Gálvez, sin embargo, esta dicotomía no alcanza para explicar el país, y mucho menos para motorizarlo. Es que, subyaciendo a las mezquindades de porteños y provincianos, regiría una entidad superior, independiente, que impulsaría, pese a todo, el Progreso constante de la Argentina:

Aquí y allí, diputados provincianos, pachorrientos y trajeados con increíbles chaqués de tierra adentro o de ‘confección’, realizaban, por contraste, la elegancia y la vivacidad inquieta de más de un colega porteño. Rostros con tinte de vasija calchaquí alternaban con rubicundeces extranjeras. Los diputados del litoral superaban por su mentalidad a los provincianos del interior. Eran, sobre todo, más vivientes. Muchos de ellos viajaron por Europa y esto les dio una visión menos estrecha del mundo. Leían, y gustaban citar libros y autores, especialmente sociólogos (Gálvez 1942, p. 8) [...] A diferencia de los provincianos, que hablaban gravemente, los porteños solían ser irónicos. Imaginaban que todo el país estaba

pendiente de su espiritualidad, y, si eran opositores, creían que sus frases conocían el prestigio del gobierno. Ignoraban, provincianos y porteños, que el país, en su buen sentido, les tomaba a unos y a otros escasamente en cuenta. Nadie dudaba de que la política argentina fue en los últimos tiempos abominable; el país, no obstante, había progresado de una manera asombrosa, indiferente a los gobiernos y a la charlatanería de los políticos (*ibidem*, p. 85).

A pesar de su defensa del Interior como último reducto de la nacionalidad argentina y de las más nobles tradiciones criollas, el pensamiento de Manuel Gálvez no deja de fluctuar, frente a las provincias, entre la admiración y el repudio. En *La tragedia de un hombre fuerte*, por caso, se deja traslucir una fuerte crítica al atraso material allí existente, en especial a la falta de condiciones sanitarias adecuadas. Víctor Urgel, que estudió ingeniería en Buenos Aires, intenta, al regresar a su provincia, proseguir con la labor civilizadora de sus ancestros. Para ello se dedica a la venta de bañaderas e inodoros. Víctor se manifiesta resueltamente contrario al espíritu retardatorio del Interior e intenta combatirlo con su voluntad emprendedora, tanto en la faz técnica como en un sentido más moral:

Hay que civilizarlos aunque no quieran [...] Hay que rasparles a ustedes la costra del espíritu colonial. Haraganear, dormir la siesta, no leer, no pensar, no buscar ninguna forma de perfeccionamiento.... ¡la vida ideal para ustedes! He de contribuir con todo mi entusiasmo a desinfectar esto, a que entre aquí el aire de la cultura, a matar el espíritu estático, dragón formidable al que ustedes adoran como a un dios egipcio y cuya misión consiste en defender el Pasado, el dios mayor de ustedes. Quiero para mi pueblo vida, dinamismo, energía, máquinas [...] Mis antepasados fueron geniales civilizadores. Viviendo y gobernando en épocas bárbaras, más bárbaras que ésta, todavía, crearon centenares de escuelas, fundaron ferrocarriles y colonias, atrajeron la inmigración [...] Aquellos abuelos míos se libraron del espíritu estático. Eran dinamismo puro. Y bueno: ¿acaso no continúo yo su obra de progreso? Ellos enseñaron que era preciso aprender a leer: yo enseñé que es preciso bañarse. La higiene y la civilización van estrictamente unidas. Si Sarmiento viviera, escribiría el elogio del inodoro y del bidet... (*ivi*, p. 29).

Algunos años atrás, en *El diario de Gabriel Quiroga*, Gálvez ya había indicado que la escasez de agua y la poca higiene constituían los grandes problemas del Interior. En ese sentido, la diferencia con las regiones regadas por los grandes ríos y consecuentemente más civilizadas resultaba sustancial. Se hacía menester entonces que Buenos Aires invirtiese parte de su riqueza en obras hidráulicas:

En este país inmenso el primordial elemento civilizador debe ser el agua. Mientras las provincias carezcan de agua perdurarán en su apacible barbarie [...] El agua es

la riqueza, el trabajo, la salvación de las provincias interiores. Hay que preocuparse de este problema nacional. Dar agua a las provincias es darles civilización, ideas, higiene, población, trabajo, riqueza. El agua será para las gentes de provincia lo que hará nacer su actividad mental y material. Si comparamos esas regiones con las regadas por los grandes ríos, veremos en las gentes de estas últimas más inteligencia, más amplitud de criterio, más actividad y mayores aptitudes para adaptarse a la civilización. Por todo lo cual creo que el deber esencial de nuestros gobiernos es construir diques, canales, hacer embalses; realizar, en una palabra, todos los esfuerzos posibles para dotar de agua a las provincias. Es preciso que Buenos Aires abandone su brutal egoísmo, que el dinero que gasta en embellecerse lo emplee en obras de la índole indicada. Nuestro país sólo estará totalmente civilizado cuando hayamos cumplido una sabia "política hidráulica" (Gálvez 2001, pp. 151-152).

De acuerdo con estas ideas ya esbozadas por Manuel Gálvez en 1910, la labor civilizadora de Víctor Urgel consistió en obras de ingeniería, cloacas, bibliotecas populares, escuelas de Artes y Oficios tramitadas en la Nación, campañas periodísticas, y la apertura de centros culturales que organizaban conciertos y conferencias, e invitaban a artistas. Aprovechando la candidatura vacante, de un año y medio de duración, que dejó un diputado fallecido, Víctor se presentó como candidato independiente y fue elegido por un pueblo que lo consideraba un auténtico caudillo (*ivi*, pp. 29-30).

### **Manuel Gálvez y su concepto dinámico de la tradición**

En una conferencia dictada en el Ateneo de su pequeña ciudad provinciana e intitulada "La Nueva Argentina", Víctor expuso su tesis de las dos Argentinas, la del Interior y la del Litoral. En el curso de su alocución, clarificó aún más sus conceptos, aduciendo que, más allá de lo que podría aseverarse a partir de una mirada simplificadora, los espíritus dinámico y estático estarían entremezclados:

La Argentina del litoral representaba el espíritu dinámico; la Argentina del interior, el espíritu estático. Aquél era moderno, y, a la vez que europeo, esencialmente americano. El espíritu estático era atrasado, español y colonial. Pero el dominio de cada uno no se hallaba separado enteramente del dominio del otro. Existían en el interior gentes de espíritu dinámico, como existían en Buenos Aires o en el Rosario gentes de espíritu estático [...] este sentido de la vida, con su recio afán de lucha y de poder, encontróse aquí con la energía de los conquistadores y de los caudillos, que dormitaba apagadamente. Las dos energías se fundieron en una. El concepto de la vida que el invasor traía fue argentinizado por el poder creador de nuestra tierra (*ivi*, pp. 30-31).

Serían los grandes líderes, los revolucionarios y los militares del país, quienes encarnarían esta energía tradicional, posibilitando el progreso de la Argentina. Aunque el novelista no lo explicita, advertimos en este pasaje una suerte de ambigüedad o “ruptura ideológica”, como preferimos denominarla nosotros. Si bien, en consonancia con lo que el propio Gálvez manifiesta, el espíritu dinámico tendría raíces europeas y modernas, y vehiculizaría el Progreso entendido como esa fuerza impulsora y transformadora del siglo XIX en Occidente, también poseería un origen local. Aunque las razas fundadoras, mutuamente imbricadas, fueran la indígena y la hispánica, habría en ellas, y en la tierra misma, una fuerza dinámica que contradeciría su abulia ingénita. Esto nos llevaría a un concepto activo de la tradición, contrario al estático:

No consistía la tradición en conservar el espíritu de la Colonia, simple producto de la decadencia de España, ni en mirar la vida con el concepto estático que aún parece dominar en aquel país [...] La tradición consistía en seguir el espíritu de los revolucionarios, de los organizadores del país, de los grandes argentinos que trabajaron heroicamente y civilizaron a la patria [...] Ellos encarnaron el espíritu dinámico (*ivi*, pp. 31-32).

Entre los criollos que corporizarían esta fuerza saludable y constructora se contaría don Bernabé Urgel, padre de Víctor, un característico *selfmade man* provinciano. Sin estudios, pero noble, intuitivo y ético, don Bernabé era un producto directo de la tierra sudamericana que había dado, con sencilla naturalidad, lo mejor a su país, y que llegó a gobernador:

Don Bernabé, que trabajara siempre en el campo, era un típico *selfmade man*. Jamás pidió ayuda a nadie, ni tuvo la protección de sus parientes [...] Así pudo ser el principal reformador de la ganadería en su provincia y el iniciador de la estancia moderna. No tenía casi estudios, pero leía algo. Una vez, al finalizar una campaña política, y como el partido oficial estuviese desunido, le eligieron gobernador de la provincia. Era un hombre excelente, lleno de ternura, de simpatía humana y de generosidad [...] Probablemente el padre de Víctor no tuvo nunca ideales; era casi imposible que creyese en ellos. Hombre práctico, espíritu positivo, pero no materialista, aunaba a aquellas condiciones un sabio instinto de la vida. Pertenecía, en este sentido, a esa clase de hombres del interior de la que salen los grandes políticos, que ha dado al país el federal representativo y que forma con el país un solo todo, pues es el producto de la tierra, lo mismo que el ombú, que el caballo criollo y que la vidalita (*ivi*, pp. 33-34).

La sencillez y la austeridad de don Bernabé eran proverbiales. Su patriotismo poseía un origen eminentemente telúrico, de generación espontánea, en el que no entraban cálculos ni especulaciones políticas. La suya era una

argentinidad elemental, carente de todo viso de intelectualidad libresca, de culto por la gesta de los próceres y de sofisticación mundana:

Buen criollo, era, como tal, sufrido para las adversidades y dolores físicos, sencillo, leal, generoso, muy sobrio, fuerte de salud moral, equilibrado, austero, indiferente al lujo y a los placeres, y de hábitos sencillos y “a la que te criaste”, como todos los viejos de las provincias [...] Carecía de ideas sobre la patria, reíase de los patrioters y no tenía entusiasmo alguno por los próceres; pero “sentía” a su país intensamente, criollamente, en un tenaz y enorme apego a la tierra y a las costumbres y a las cosas todas de la tierra (*ibídem*, pp. 34-35).

Este pasaje nos remite directamente a la revalorización de la “raza” criolla llevada adelante por algunos intelectuales, en vísperas del Centenario de 1910. En 1904, durante la segunda presidencia de Julio Argentino Roca, el Ministro del Interior Joaquín V. González impulsó, sin éxito, una reforma del Código de Trabajo. Ese mismo año, fue publicado un extenso y pormenorizado informe, encargado por el mismo González al ingeniero catalán Juan Biale Massé, sobre “el estado de las clases obreras” en la Argentina. Resulta llamativo que, tratándose él mismo de un inmigrante, encontremos en Biale Massé una sistemática reivindicación de las capacidades físicas e intelectuales del criollo por sobre las del extranjero, el cual es presentado como inferior a aquél. La inmigración europea había sido, en su momento, considerada como la virtual panacea de todos los males que aquejaban al país, empezando por la despoblación, y siguiendo por la falta de hábitos de trabajo, de iniciativa y de conocimientos de los criollos. Ahora, los términos del problema se hallaban invertidos. La esperanza de progreso había dejado de radicar en los inmigrantes, para trasladarse a la propia población nativa. Ya en el inicio de su informe, Biale Massé afirmaba que, a la luz de su propia experiencia como docente, los alumnos argentinos se destacaban de un modo muy ostensible:

La primera observación que hace todo profesor extranjero al llegar al país es la superioridad de la inteligencia de sus discípulos, tanto mayor cuanto más se acerca a la faja central de la República. Parece que este fenómeno fuera hijo de la luz radiante en el cielo claro y enrarecido de las alturas, y la continua visión de una vegetación gigantesca y exuberante (Biale Massé, 1985, p. 9).

En este fragmento, Biale Massé, con pocos años de anticipación, se acerca a escritores teluristas del Centenario como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff y Leopoldo Lugones, entre otros. Con ellos comparte el apego y el realce de la tierra natal, considerada ésta como una fuerza animista que modela hombres y pueblos. Para él, es el paisaje americano, son sus cielos, sus montañas y sus llanuras, su profusa vegetación, los que determinan el alma nacional. Y el

influjo telúrico aumenta en tanto se aproxima a la “faja central”, esto es, al Interior del país.

En *La sombra del convento* Gálvez hace la semblanza de un tipo criollo diferente al de don Bernabé, más negativo, encarnado por el doctor Ignacio Belderrain. Abogado prominente de Córdoba, es hijo de un vasco legitimista que abandonó España a los veinticinco años, tras la derrota de la primera guerra de sucesión. Establecido como ganadero cerca de la capital cordobesa, este exiliado español se casó con una mujer de abolengo y tuvo varios hijos, a uno de los cuales le llamó Ignacio. Andando el tiempo Ignacio Belderrain se recibiría de abogado, convirtiéndose en un hombre severo, dogmático y de vida austera. Tras desempeñarse como juez en lo criminal y luego como vocal de la Corte Suprema de Justicia, llegaría a ser profesor de Derecho Civil en la Universidad de Córdoba, un dominio jurídico en el que brillaría como una eminencia nacional (Gálvez 1949, pp. 27-28). Su práctica de la religión era tan intransigente como fogosa. Participaba activamente en procesiones y misas, y odiaba a todo lo que le sugiriese liberalismo (*ibidem*, p. 30).

En la Universidad era respetado por su erudición, pero resistido por muchos alumnos debido a su dogmatismo, el cual le llevó, en su momento, a rechazar de plano el proyecto de matrimonio civil. La aprobación en el Congreso Nacional de la ley que lo reglamentaba lo encontró como diputado, formando parte del bloque de Pedro Goyena<sup>4</sup>. El trago fue tan amargo que renunció a su banca. A partir de esa derrota legislativa el rechazo del doctor hacia Buenos Aires fue absoluto, al punto tal de que ya nunca más volvió a visitar la capital argentina. Ni siquiera leía los periódicos porteños, sólo el diario católico cordobés. En su casa estaban prohibidas las novelas, y sus hijas sólo tenían acceso a la literatura piadosa (*ivi*, pp. 28-29). El doctor encarnaba allí la autoridad absoluta del *pater familias*. Frente a él, sus hijos y mujer no podían ni hablar, tan pavoroso era el temor que inspiraba:

Toda la familia le tenía respeto y miedo. En la mesa, los hijos no hablaron sino al llegar a la mayoría de edad. Su mujer no se atrevía a opinar en su presencia, y menos hubiera soñado jamás en contrariarle. Era el padre y el marido según el concepto bíblico, el *pater familias* del derecho romano, el señor de su casa, donde los criados, la mujer y los hijos debían obedecerle ciega y absolutamente (*ibidem*, p. 29).

---

<sup>4</sup> Pedro Goyena(1843-1892) fue un destacado escritor, jurisconsulto y político argentino que lideró la resistencia de los sectores católicos frente al avance de las reformas laicas y liberales de la Generación del Ochenta.

En consonancia con su acendrado catolicismo, el doctor Belderrain tendía a preferir el más primitivo y pobre pasado criollo antes que el presente cosmopolita y opulento. Un presente que, aunque con cierto retraso, amenazaba con modernizar Córdoba de la misma forma que a los grandes centros urbanos contemporáneos del Litoral. Es por ello que la Córdoba antigua embelesaba al doctor, quien no dejaba de subrayar el rol pionero de los jesuitas en una naturaleza hostil:

Vida original y terrible debieron llevar los Padres, intrépidos y clarividentes, en las soledades de Santa Catalina, de Jesús María o de Alta Gracia, en los siglos diez y seis y diez y siete. Soledad y desierto por todas partes. Las sierras, grises y tristes, inhospitalarias. Los días debieron pasar para los Padres entre oraciones y temores, catequizando a los indios uno a uno, enseñándoles algunos trabajos rurales, utilizándolos en los servicios de la casa [...] ¿Cómo sería en aquellos remotos años la ciudad de Córdoba? Belderrain la imaginaba como un pobre rancharío. Pero en aquella ranchería, una ardiente fe exaltaba las almas y las llevaba hacia Dios. ¿Para qué servía todo el fausto y el oropel de la vida moderna si perdíamos el alma? Este era el principal negocio de nuestra vida, y ello lo realizaba aquella diminuta Córdoba del siglo diez y siete mejor que la Córdoba rica y liberal del siglo veinte (*ivi*, p. 71).

Vale aclarar que Santa Catalina, Jesús María y Alta Gracia, al igual que Caroya, San Ignacio y La Candelaria, fueron una serie de estancias creadas por los Padres de la Compañía de Jesús en el territorio de la actual provincia argentina de Córdoba a principios del siglo XVII. En 1767, la Pragmática Sanción del rey Carlos III de España expulsó a los jesuitas del continente americano, por lo que debieron abandonar Córdoba. Cada uno de estos establecimientos agropecuarios cumplió con un rol pionero de poblamiento, dando nacimiento a las ciudades homónimas, como Alta Gracia. Cuando el doctor Belderrain cae enfermo, de una diabetes agravada, ricos y pobres acuden a despedir a este verdadero paterfamilias, representante de una tradición que también está agonizando:

Córdoba entera habría querido despedirse de aquel hombre que encarnaba su viejo espíritu. Todas las clases sociales, durante aquellas horas dolorosas, tenían sus representantes en la casa. Las piezas principales –la sala, el escritorio y hasta los cuartos de dormir– desbordaban de concurrencia distinguida: profesores de la Universidad, miembros del Gobierno, políticos, magistrados y señoras de apellidos ilustres. Entre todo este mundo, rodeados por el afecto y la curiosidad, se veían, sentados e inmóviles, algunos ancianos eminentes, patriarcas de vastísimas proles, que, aunque agobiados de años y de achaques, querían decir su adiós al moribundo, último representante preclaro del espíritu tradicional. En el zaguán, en los patios y en las piezas inferiores de la casa pululaba la gente pobre [...] Las mujeres rezaban en los cuartos del fondo, sentadas a veces en los

umbrales. Eran antiguos servidores o protegidos de la familia. Algunos vivían en ranchos de propiedad del doctor, quien jamás les cobró alquiler; otros recibían dádivas de su mano generosa. Muchos le debían favores de índole singular: a esta mujer, que viviera amancebada, la había hecho casarse con su hombre; a aquel pobre viejo le había devuelto su hija, seducida por un estudiante; a aquella otra mujer, casada con un perdido que se embriagaba y la apaleaba, le había hecho el bien de transformarle a su marido en hombre de trabajo (*ibidem*, pp. 179-180).

Vemos aquí el rol fundamental que desempeñaban estos patriarcas criollos, que habían dominado el siglo XIX y que principiaban a desaparecer en el alba del XX. Ignacio Belderrain no era sólo un rico terrateniente y un abogado destacado sino, antes que nada, un caudillo provincial, lo que equivalía a decir una autoridad social y moral insoslayable en Córdoba. El poder que él ejercía tan amplia y paternalmente carecía de un origen jurídico, puesto que obedecía a un mandato comunitario, a una tradición no escrita de orden y control. Otro patriarca de noventa años, Toribio Bustamante, abuelo de un amigo de José Alberto, acude a despedirse de Belderrain. La emoción se profundiza, ante el fin inminente de una época y el temido advenimiento de un país dramáticamente transformado y que ambos ancianos desconocen:

Belderrain, levantando la voz cuanto podía, repuso:

-Me siento fuera de este tiempo. Han venido otras ideas, otros principios que me es imposible comprender. Estas ideas dominarán mi patria. Es la gran tristeza que me lleva a la tumba. La separación, la muerte son cosas inmediatas, son la voluntad de Dios. Se hizo un silencio augusto. Nadie se atrevía a interrumpir los pensamientos de aquellos dos hombres, que parecían abstraídos en remotos recuerdos. Se dijera que el aire se poblaba de melancolías: juventudes que se fueron, ilusiones no realizadas, felicidades concluidas, el gran soplo del Pasado que se alejaba para siempre. Los dos hombres que representaban una época ya casi desaparecida, continuaban callados y tristes, y todos los que les rodeaban, en aquel dormitorio de muebles negros donde pronto entraría Ella, la que jamás espera, bajan las cabezas pensativas, bajo la sensación doliente del pasar de la vida (*ivi*, p. 183).

Ante esta escena, el joven abogado Bustamante, nieto de Toribio, realiza la autocrítica de su propia y decadente generación, que él considera inferior a la de hombres como el doctor Belderrain:

En estos momentos en que el país sufre una espantosa crisis del carácter, de la virtud y de la nobleza, la vida de este hombre significaba un ejemplo y un modelo. Nosotros, los hombres de nuestra generación, no valemos nada. Nos falta energía, voluntad, virtud, ¡qué sé yo! Da tristeza pensarlo. Somos incoherentes,



neurasténicos, viciosos, cobardes, inservibles... ¡País perdido, amigo! (*ibidem*, p. 188).

Sin embargo, en una nueva “ruptura ideológica”<sup>5</sup>, el mismo Bustamante considera que el doctor representa un pasado perimido para volver, rápidamente, a contradecirse a sí mismo al deplorar el advenimiento de una nueva era, mencionada por José Alberto:

-Esto no quiere decir [...] que debemos llorar demasiado la desaparición de un hombre así. Al fin y al cabo representaba el Pasado, el espíritu colonial.

-Se va como un símbolo que ya no tiene razón de ser. Un símbolo de la vieja Córdoba. Ahora otra Córdoba está naciendo.

-Que será peor que aquella –interrumpió Bustamante, volviendo a su natural estado de ánimo (*ivi*, p. 188).

Esta “nueva Córdoba”, según la define el propio Bustamante, surgiría como el producto directo de la inmigración europea y de la agricultura extensiva del trigo: “La nueva Córdoba será hecha por los hijos de esos miles de inmigrantes que en este momento, mientras nosotros divagamos, están rompiendo las tierras cordobesas, abriendo surcos, para sembrar en ellos el trigo que nos dará pan y dinero” (*ibidem*, p. 189). De acuerdo con esta lógica, la provincia mediterránea no podría sustraerse a la corriente dominante del progreso material ingresando desde el Litoral y desde Europa<sup>6</sup>. La razón de ser de la vieja Córdoba española, criolla y

---

<sup>5</sup> La expresión “ruptura ideológica” en relación al pensamiento galveziano la tomamos de FOSTER, David William, 1983, ‘Ideological ruptures in Manuel Gálvez’s “Historia de arrabal”’, en *Hispanic journal*, vol. 4, N°2, pp. 21-27. La misma hace alusión al carácter disruptivo, ambiguo y equívoco del posicionamiento político de este intelectual, mucho más patente en su obra literaria. Por el contrario, autores como Alain Rouquié consideran que la coherencia ideológica de Gálvez, enmarcada dentro de un nacionalismo conservador, hispanista y católico fue siempre clara y coherente, del principio al fin de su trayectoria intelectual. Al respecto, ver los capítulos I (pp. 15-45) y II (47-81) dedicados a Manuel Gálvez en ROUQUIÉ, Alain. *Autoritarismos y democracia. Estudios de política argentina*. Lanús, Edicial, 1994.

<sup>6</sup> La colonización agrícola del sur pampeano de la provincia de Córdoba comenzó a ser una realidad palpable en el último cuarto del siglo XIX. Al igual que en las provincias aledañas de Santa Fe y Buenos Aires, tal situación estuvo posibilitada por el retroceso gradual de la frontera indígena, antes de 1879, y de un modo radical a partir de este año, cuando el Ejército Argentino llevó adelante la “Conquista del Desierto”. Como consecuencia de esta expedición militar, comandada por el general Julio Argentino Roca, la provincia de Córdoba amplió su territorio hacia el este y hacia el sur, incorporando vastas extensiones de tierra fértil. En 1871 el gobierno cordobés sancionó un decreto reglamentario para la fundación de colonias agrícolas, seguido, en 1886, de una primera ley de colonización, y en 1896, de una ley de protección de colonias. Por otra parte, el avance de la frontera agropecuaria en las provincias de Santa Fe y Córdoba estuvo íntimamente ligado al desarrollo del ferrocarril. Cada colonia suponía la creación paralela de un pueblo y de su correspondiente estación ferroviaria. En ese sentido, el nuevo ramal que unió Rosario, en Santa Fe,

católica, estaba por caducar. La Reforma Universitaria, que la tendría como epicentro en 1918, estaba a las puertas, por lo que no había forma alguna de detener el devenir histórico, el cambio profundo de estructuras.

### Opresión y poesía del Interior

Esta visión pesimista del Interior, paradójicamente enfrentada con la consideración elogiosa del mismo, es recurrente en la obra literaria de Manuel Gálvez. Ya en 1924, los jóvenes escritores Nicolás Olivari y Lorenzo Stanchina, miembros del grupo de Boedo, habían advertido esta situación. Seducidos por la vertiente popular de las novelas de Manuel Gálvez, con su abordaje de los bajos fondos de Buenos Aires, y en particular de la prostitución, algunos integrantes del grupo se acercaron a este autor. En 1924 Olivari y Stanchina publicaron *Manuel Gálvez. Ensayo sobre su obra*, el primer libro de crítica sobre la producción galveziana, en el que no sólo reivindicaron la orientación literaria y social de quien consideraban su maestro, sino que vaticinaron su inexorable evolución hacia posturas revolucionarias:

No acepta [Manuel Gálvez] el marxismo, pero admite que si el mundo ha cambiado y seguirá cambiando en un sentido de mayor justicia social es por influencia de la revolución rusa [...] en la trayectoria armoniosa de su vida, tan llena de ideales y de bondades, no desesperamos de una última evolución. La que definitivamente ponga en nuestra extrema izquierda juvenil, su gran alma de creador y de visionario de un mundo de más belleza, de más justicia y de más verdad (Olivari-Stanchina, 1924, pp. 117-118).

Una cita más que sugerente que abona nuestra hipótesis de las “rupturas ideológicas”. La ambigüedad política del autor lo llevó, desde el comienzo mismo de su carrera literaria, a ser víctima de los equívocos más enojosos y llamativos. Sectores de izquierda o de derecha identificaban a Gálvez como a uno de los suyos, o como a un enemigo. Es lo que sucedería al publicarse su novela *Nacha Regules*, en 1919, cuya temática principal es la prostitución, enmarcada dentro de una crítica más amplia a las injusticias del sistema capitalista. Si el reciente estallido de la Revolución Rusa, en 1917, había suscitado ciertas expectativas en el propio Manuel Gálvez, éstas no tardarían en disiparse, al revelarse la verdadera naturaleza del movimiento bolchevique. La publicación de la novela en las páginas de *La Vanguardia*, órgano periodístico del Partido Socialista, suscitó resquemores en los sectores más conservadores del país. A propósito, veamos cómo explica el

---

con la capital cordobesa, fue vital para el poblamiento de la región. Las obras fueron iniciadas en 1863 y culminadas en 1870.

propio Gálvez, en sus memorias, por qué ofreció gratuitamente el libro a los lectores obreros:

¿Por qué lo hice? Únicamente para que los trabajadores pudieran leerlo. El libro vendíase a un precio hoy insignificante, pero entonces muy alto para un obrero. Lo ofrecí gratuitamente al diario. Yo sólo tenía un interés: que las familias obreras conocieran los males revelados en mi libro, para que vigilasen a sus hijas. ¿Por qué no acudí a otro diario? Porque ninguno de los grandes ‘rotativos’, instituciones capitalistas, habría publicado mi violento ataque al capitalismo (Gálvez, 1961, p. 123).

Manuel Gálvez arguye, seguidamente, que en Europa y en los Estados Unidos católicos y socialistas colaboran en causas comunes, a diferencia de la Argentina, en donde esto sería considerado una traición, de uno y otro lado:

Creo, además, y he creído siempre, que los hombres de las más diversas opiniones podemos colaborar en una causa justa y que interese a todos, como se hace en Europa y en los Estados Unidos. Entre nosotros, se considera que un católico no debe aparecer en parte alguna junto a un socialista [...] Aquí, del católico que eso hiciera dirían sus correligionarios que traicionaba a su causa, y al socialista que se uniera, para cualquier buen fin, con católicos, le acusarían los suyos de transigir con el clericalismo (*ibídem*, p. 123).

El novelista era consciente, entonces, de que su decisión ocasionaría fuertes polémicas y de que le haría perder el apoyo de lectores que, en principio, le eran naturalmente propicios: “al darlo a publicidad, no ignoro todo lo que me he jugado: desde mi tranquilidad personal –que tanto estimo– hasta una gran parte de mi clientela de lectores, la cual, desde ahora, ha de serme hostil” (*ivi*, p. 124). Pero volvamos a la visión literaria del Interior argentino, y veamos lo que escriben Olivari y Stanchina a propósito de la primera novela de Gálvez, *La maestra normal*, de 1914. En ella, la visión ácida de la provinciana ciudad de La Rioja ocupa una porción importante del relato:

El ambiente nos produce una sensación penosa. El pequeño mundo pedagógico de la provincia parece un engranaje que absorbiera la personalidad para uniformarla. Recuerda, por lo que tiene de ahogadora, a esa máquina administrativa de que nos hablan los novelistas rusos. Y este ambiente moral tiene tan poderoso relieve porque, aparte de la aptitud evocadora del artista, él la ha encuadrado hábilmente en la belleza de La Rioja, que describe con amor revelando al poeta una vez más. Gálvez evoca con esa robustez de observación tan suya, la dulce tristeza de aquella “Hija del Andes”, de esa Rioja que, diríase, bostezara su haraganería, como si las montañas que la parapetan gravitaran eternamente sobre sus hombros, impidiéndole toda acción (Olivari-Stanchina, 1924, pp. 58-59).

“La ciudad” (es decir, Buenos Aires) no fue en realidad introducida tardíamente por Jorge Luis Borges en la década de 1920 sino que apareció temprano en la literatura argentina. Todos los textos anteriores fueron urbanos: Lucio V. López, Eugenio Cambaceres, Julián Martel, Francisco Sicardi, incluso el mismo Roberto Payró. Sin embargo, la primera novela de Manuel Gálvez transcurre en la ciudad y provincia de La Rioja, que no es la legendaria de los llanos de Facundo ni la poética de *Mis montañas*, el clásico libro de Joaquín V. González. Tampoco oficia, estrictamente, como ese espacio del Interior entendido como reservorio moral de la nacionalidad propuesto en *El diario de Gabriel Quiroga* (Gramuglio, 2013, p. 186)

Si *La maestra normal* terminó siendo un éxito editorial fulminante fue más por el escándalo que desató que por sus méritos literarios. Aunque el propio autor lo negaría oficialmente, esta obra cuestiona el sistema pedagógico argentino, de base laica y liberal, orientado a la educación popular y a la formación de maestros en las escuelas normales. La educación pública, uno de los pilares del proyecto liberal de la “Generación de 1880”, es objetada por Gálvez al subrayar su supuesta carencia de valores morales. Ya el título mismo de la novela apunta directamente a los nuevos lectores formados por ella así como a las mujeres que aspiraban a la por entonces promisorio carrera docente (*ivi*, p. 188).

Ambientada en la pequeña localidad de La Rioja, narra el romance entre una maestra local, Raselda Gómez, y un maestro entrerriano que había vivido varios años en Buenos Aires, Julio Solís. Aunque ambos jóvenes eran solteros, la “caída” de la protagonista y el abandono que sufre a manos de su seductor, la colocan en una situación clandestina y la llevan a padecer el repudio social. Tanto Raselda como Julio son hijos extramatrimoniales, y el producto directo de la educación normalista. Raselda, en especial, es presentada como una chica de intelecto pobre y dueña de una belleza física puramente ligada a los sentidos, despojada de toda espiritualidad y gobernada por una sensualidad que la llevaría inexorablemente a la perdición (Desinano, 1965, p. 14). *La maestra normal* no haría sino denotar la educación laica impartida a las mujeres, a las que considera como seres débiles condenados por su propia constitución orgánica y psíquica. Serían así fácilmente influenciados, al carecer de principios religiosos sólidos, sobre todo en un ambiente provinciano proclive a la molición y a la sensualidad (Gramuglio, 2013, p. 187).

Significativamente, la novela suscitó rechazos en campos tan opuestos y enfrentados entre sí como la Iglesia Católica, el Partido Socialista y los sectores liberales. *El Pueblo*, diario católico de Buenos Aires, la consideró “pornográfica”, mientras que otros sectores la confrontaron por lo que parecía ser su característica más saliente: su ataque al normalismo. En la ciudad de Paraná, en donde Domingo

Faustino Sarmiento fundara la primera Escuela Normal del país, hubo manifestaciones de estudiantes de esta institución al grito de “Muera Gálvez”, y en La Rioja la animadversión contra este escritor fue generalizada. Una revista catamarqueña adoptó el nombre de la novela, y se escribieron sobre ella otra novela y una pieza teatral, además de componerse un tango, también homónimo (Gálvez, 1961, p. 65). La Asociación del Magisterio solicitó la destitución del autor, quien por entonces se desempeñaba como Inspector de Enseñanza Secundaria y que pese a que ya había publicado otros libros de ensayos y de poesía adquirió, a los treinta y tres años, una inédita fama<sup>7</sup>.

### Manuel Gálvez y la nueva novela argentina: entre el realismo y el naturalismo

*La maestra normal* se inscribe dentro de un proyecto más vasto de novela realista, esbozado por Manuel Gálvez hacia 1912 y parcialmente ejecutado<sup>8</sup>. Vale recordar que el realismo literario implicó un quiebre ideológico y formal con el romanticismo. Hacia 1825 comenzó a aplicarse este término para hablar de la imitación de los románticos de la naturaleza así como de la minuciosidad descriptiva de sus novelas. La nueva corriente tomó como modelo los métodos de observación de las ciencias experimentales, mientras sus escritores dejaron de centrarse en sí mismos para abocarse a las cuestiones sociales. Esto explica su reproducción del lenguaje coloquial de los diferentes estratos socioeconómicos así como su preferencia por los personajes sencillos y concretos, en oposición a los más irreales del romanticismo. De esta manera, intentó lograr una reproducción fidedigna del medio, dentro de su contexto histórico, renunciando al sentimentalismo y a la búsqueda trascendental de la corriente anterior. Se entiende más acabadamente entonces por qué el realismo literario se abocó, con frecuencia, a la denuncia de los males sociales. La novela realista europea estuvo ligada desde su génesis a la expansión del periodismo y de las nuevas ideas (positivismo, darwinismo, métodos experimentales de las ciencias emergentes, marxismo), sin

<sup>7</sup> Tal como especifican las citas correspondientes todo esto es relatado por Manuel Gálvez en el segundo tomo de sus memorias, *Recuerdos de la vida literaria. En el mundo de los seres ficticios*, publicado en 1961.

<sup>8</sup> Al comienzo mismo de *En el mundo de los seres ficticios*, Gálvez señala los alcances de este plan así como la influencia directa de los autores realistas y naturalistas: “Me refiero al plan que tracé en 1912. ¿Había en este plan ambicioso alguna influencia de Zola, de Balzac, y, acaso, de Pérez Galdós y de Baroja? No es imposible, sobre todo del primero. La formidable construcción del maestro, que comprende toda, o casi toda, la sociedad francesa de su época, me tenía impresionado. Yo también soñé con describir, a volumen por año, la sociedad argentina de mi tiempo. El plan abarcaba unas veinte novelas, agrupadas en trilogías. Debían evocar la vida provinciana, la vida porteña y el campo; el mundo político, intelectual y social; los negocios, las oficinas y la existencia obrera en la urbe; el heroísmo, tanto en la guerra con el extranjero como en la lucha contra el indio y la naturaleza” (Gálvez, 1961, p. 10).

dejar de expresar la visión de la burguesía dominante, con sus valores de materialismo y utilitarismo.

El naturalismo, por su parte, surge como una rama derivada del realismo, la cual subraya con mayor vigor los temas sociales, testimoniales y científicos, acercándose aún más a las clases oprimidas. En ese sentido, sus obras ofrecen un invaluable aporte documental que permite conocer el período retratado. El naturalismo busca reproducir la realidad con objetividad fotográfica, en todos sus aspectos, tanto los más sublimes como los más sórdidos. Émile Zola fue su principal expositor y teórico, a partir del prólogo que él mismo redactó para su novela *Thèrese Raquin* (1867) y del ensayo *Le roman expérimental* (1880).

El naturalismo, en la visión de Zola y de sus sucesores, postula que el humano es un ser sin libre albedrío, determinado por su genética y por su medio cultural. Aquí se advierte la influencia del positivismo, del darwinismo, tanto en su teoría biológica como en su versión sociológica, y del materialismo histórico. Es identificable, asimismo, la influencia fundacional de los estudios de Gregor Johann Mendel (1822-1884) y su postulación de las leyes de la herencia genética así como, en el campo de la medicina, de la obra *La Médecine expérimentale* (1869), de Claude Bernard. Los problemas sociales tales como el alcoholismo, la prostitución, la pobreza y la violencia tendrían, para los autores naturalistas como Zola y como Gálvez, un peso enorme y una necesaria ligazón con la fisiología y la genética. Al mismo tiempo, cuando abordan estas cuestiones no dejan de criticar, a veces acerbamente, la sociedad en su conjunto, las ideologías políticas y las injusticias económicas.

Los aspectos más sórdidos de la vida social son descritos con la minuciosidad más descarnada. Entre ellos la sexualidad se destaca con un erotismo duro y desagradable, mostrado como lacra social, aunque a veces los críticos del naturalismo lo consideran pornográfico. Es así frecuente el tratamiento de la problemática de la prostitución. En esa línea, *Nacha Regules*, novela de Manuel Gálvez publicada en 1919, es un ejemplo de una tradición iniciada por Zola en 1880 a partir de su célebre *Nana*. Finalmente, en lo que hace a su técnica narrativa este subgénero novelístico evidencia la influencia del folletín, aunque con una calidad literaria superior.

En la Argentina del período 1880-1930 domina el realismo. Sobre fines del XIX el proyecto modernizador de la Generación del Ochenta trajo consigo una serie de profundos cambios sociales que incluyeron la alfabetización masiva y la formación de un público lector, ajeno al espacio tradicional de la cultura letrada y volcado a periódicos, folletos y folletines con predominio del criollismo (Gramuglio 2002: 8)<sup>9</sup>. En comparación con el caso europeo, el realismo tuvo una

---

<sup>9</sup>Para el estudio del criollismo como corriente literaria y cultural en la Argentina del cambio de siglo, consultar la obra ya clásica de Adolfo Prieto (1988).

aparición más bien tardía en la Argentina, en el contexto de una producción novelística que era aún escasa.

La estética del realismo en su versión naturalista es sustancialmente contraria a la estética tradicional, puesto que para esta corriente no existe una jerarquía entre lo bello y lo feo. Tal peculiaridad es identificable en las novelas de Gálvez, en especial cuando aborda la descripción de los bajos fondos y del suburbio porteño<sup>10</sup>, practicando una auténtica “estética de la fealdad”, si cabe la paradójica expresión. Ya en *El diario de Gabriel Quiroga* se enumeran las pequeñas cosas provincianas que conformarían esa poesía rudimentaria, popular y oscura. La misma que el novelista en ciernes reivindica:

Yo encuentro la poesía de estas ciudades en sus calles desiertas y silenciosas que parecen terminar en la montaña; en los senderos vagabundos de los arrabales donde por las noches ambulan perros misteriosos; en esas dolientes tardes de plaza en que la banda toca viejos aires de zarzuelas cursis y las muchachas pasean lentamente y nos miran atónitas; en esas dulces noches plateadas en que la luna rima su melancolía con el azahar de los naranjos [...] en las pequeñas procesiones que tienen no sé qué de arcaico y de bucólico y que dan vuelta a la plaza mientras en las esquinas los hombres se descubren y las mujeres se arrodillan; en esas acequias tristes que bordean las veredas ruinosas y cuyo transcurrir incesante nos da una turbia idea de lo inestable de la vida [...] en los llantos trágicos de la quena que evocan al indio en la montaña, lúgubre y misterioso; en los rostros enigmáticos de los nativos, que publican la nostalgia de una raza que se extingue (Gálvez, 2001, p. 146).

Advertimos aquí una prefiguración de la novela realista que Gálvez pretendía cultivar, haciendo énfasis en las vidas anónimas, urbanas y rurales, del pueblo, en sus miserias e injusticias sociales. De estos elementos toscos se compone el ambiente provinciano que, años más tarde, retrataría en *La maestra normal*, en *La sombra del convento* y en *La tragedia de un hombre fuerte*. Las calles polvorientas, la población mestiza, los últimos indígenas, el silencio, el hastío, los chismorreos de aldea, oficialían como materiales constituyentes de estas novelas. El argumento de *La maestra normal* se esboza con mayor claridad aún en el pasaje que sigue:

Además creo que como ambiente novelesco nada supera a nuestros pueblos del Norte. La novela realista, que narra los dramas íntimos y silenciosos de las vidas oscuras, tiene un asunto lleno de emoción y de melancolía en la existencia triste de cada muchacha provinciana, de aquellas pobres muchachas sentimentales que viven entre lánguidos ensueños y miserables realidades (*ivi*, p. 146).

---

<sup>10</sup>Particularmente en la novela *Historia de arrabal*, de 1922, pero también, como ya mencionáramos, en *Nacha Regules*.

Veamos, a continuación, la poética y melancólica descripción de La Rioja un día domingo, cuando Julio Solís llega de Buenos Aires:

La ciudad parecía de una dulce tristeza, a pesar del color que ponían los naranjos y las tejas sobre el fondo gris de la montaña. Por las calles no andaba sino una que otra persona. En algunas puertas, las sirvientas, endomingadas, miraban como atónitas a los transeúntes. De cuando en cuando pasaba algún carruaje, lentamente, como con desgano, saltando sobre el ruin empedrado. Sus ecos se perdían en la soledad de las calles. Los pasajeros eran hombres casi exclusivamente; por excepción se veía algún carruaje con muchachas, todas en cabeza. Y hombres o mujeres iban serios, silenciosos. En uno que otro balcón se apoyaba indiferente alguna mujer morena, de ojos profundos. Al pasar Solís, le miraban asombradas y seguían con los ojos sus pasos. Las casas alternaban con ruinosos paredones de adobe, restos de la antigua ciudad destruida por los temblores de tierra. Las acequias, como salmodiando un rezo monótono, le producían un tedio indefinible (Gálvez, 1921, p. 27).

A propósito del pasaje transcrito de *La maestra normal*, y de otros análogos, podemos citar la opinión de María Teresa Gramuglio sobre esta primera novela de Gálvez, una opinión que nosotros también suscribimos. Esta autora recalca la oscilación reiterada entre dos visiones contrapuestas que no logran equilibrarse en su estructura formal. Por un lado, los elementos poéticos tales como la quietud nocturna, el perfume de los naranjos, los vestigios de la tradición folklórica, y por el otro, el atraso representado por la mugre, el abandono, las bastas costumbres, el medio cultural timorato y la degradación moral (Gramuglio, 2013, p. 186). Podemos advertir este marcado contraste, por momentos violento, en la descripción que hace el novelista de la fiesta del Niño Alcalde. La misma tiene lugar en el tórrido mes de enero, y es entonces que la ciudad de La Rioja se abarrota de visitantes provenientes de los más recónditos y atrasados rincones de la provincia. La plaza principal se ve copada por una multitud indígena cuyo aspecto revulsivo es puesto en relieve:

Esa mañana hervía de gente el ángulo de la plaza que enfrentaba a la Matriz. Era una multitud sucia y repugnante, cuyos hedores a mugre arcaica y tradicional llenaban la plaza. Las gentes andaban como aleladas, esperando que “la misa del santo” terminase. No habían cabido en la iglesia. Todas eran gentes del pueblo, paisanos venidos de las sierras y las llanuras riojanas. Tenían la mayor parte rasgos indígenas: el color cobrizo, la barba rala, el pelo cerdoso, los ojos mongólicos. Las mujeres vestían de colores chillones (Gálvez, 1921, p. 282).

La Fiesta del Niño Alcalde tiene lugar en la ciudad de La Rioja, desde hace más de tres siglos, pero también en otras localidades de la región. Se trata de una



celebración popular, mestiza, en donde convergen componentes religiosos cristianos e incaicos. Tolerada y practicada por el clero local, ha llegado hasta nuestros días, pese a la inicial resistencia de las autoridades coloniales. Cuenta la tradición que en el curso de una rebelión masiva de los pueblos originarios de La Rioja San Francisco Solano, el santo y misionero español que habría pasado parte de su vida aquí, se enfrentó a los indígenas llevando consigo su violín y una imagen del Niño Jesús hallada en los alrededores. Al inquirirles por las razones de su levantamiento, los indígenas protestaron contra la opresión de los alcaldes, quienes eran los encargados del control de repartimientos y encomiendas. Cuando les preguntó a quién desearían tener por alcalde los indígenas señalaron la imagen del Niño, puesto que éste se hallaba ataviado con vestimentas similares a las autoridades del Cabildo español. De allí el origen de la denominación “Niño Alcalde”.

La fiesta coincide parcialmente con el Año Nuevo, puesto que éste era el momento en que se realizaba el cambio de autoridades en el Cabildo. Quienes participan en la ceremonia se alinean en dos grupos que presiden sendas procesiones, los *allys*, que simbolizan a los hombres bondadosos del pueblo, y los alféreces. La primera procesión conduce al Niño Jesús, que ese día es proclamado como “Alcalde del Mundo”, mientras que la segunda hace lo propio con la imagen de San Nicolás de Bari. Al mediodía de cada 31 de diciembre ambas procesiones, que parten de sitios distintos, se encuentran. San Nicolás rinde honores al Niño Alcalde, esto es, los alcaldes se prosternan frente al Inca, mientras los *allys* entonan la canción del Año Nuevo. Acto seguido, la imagen del Niño es entronizada en la Catedral, en donde permanece por espacio de tres jornadas. El 31 se la visita allí durante el día, mientras que por la noche tiene lugar su velorio. A las doce, con el nuevo año, se la recibe con estallidos de petardos y bombas. El 3 de enero, frente a la Casa de Gobierno, en la misma plaza, San Nicolás despide al Niño Alcalde, quien retorna a su lugar original, que es el Convento de San Francisco. A su vez, la imagen de San Nicolás, que había sido sustituida por la del Niño, es retornada a su emplazamiento de la Catedral.

El pintoresquismo tradicional y el valor étnico de aquellos pueblos precolombinos en los que hunde sus raíces la Argentina moderna son reconocidos por Manuel Gálvez. Sin embargo, estos aspectos, por nodales que sean, no alcanzan a compensar la invencible repugnancia que la miseria y suciedad de tales gentes provocan en el autor. Un autor que no deja de pertenecer a la más exquisita elite criolla:

En medio del día esplendoroso, bajo el sol opulento, aquella procesión resultaba triste. Las tonalidades rosadas de las banderas, los colores vistosos de las vinchas y los escapularios de los allis, los trajes de las mujeres que seguían la procesión, aumentaban lo pintoresco de la escena sin suprimir su melancolía. Los pobres

hombres disfrazados que formaban la procesión parecían embrutecidos y abatidos. Sus rostros indígenas revelaban la miseria de su raza, las devastaciones del alcohol, la tristeza de la vida rural [...] Solís se había reconcentrado. Aquella música doliente, toda quejumbre y resignación, estaba impregnada de un hondo fatalismo. La amarga tristeza de las razas vencidas penetraba en su alma. La música ridícula de aquellas pobres gentes le evocaba las montañas solitarias, las cumbres de seis mil metros, las nieves perpetuas del Famatina y le cantaba, en su torpe lenguaje, la canción de la Muerte y del Heroísmo (*ivi*, p. 285).

Desde una posición indigenista –parcialmente anacrónica para 1914– que reivindique la condición postergada de los pueblos originarios este fragmento podría ser definido, lisa y llanamente, como discriminatorio en grado sumo. Ciertos adjetivos calificativos así parecieran señalarlo. Los “pobres hombres” que se mostraban “embrutecidos y abatidos”, la “miseria” y la “música ridícula” de esta “raza vencida”, de estas “pobres gentes”, nos hablan de un evidente menosprecio. No obstante, este pasaje rezuma también “amarga tristeza”, y una vaga piedad respecto de una problemática aborígen que se halla más cerca de ser un pasado en vías de extinción que un presente vivo. El análisis más crudamente objetivo y realista de la situación arroja un balance tenebroso para Gálvez. Aun así, la conciencia telurista, racial y nacionalista le llega a Julio Solís por vía de la emoción más ingenua, y ya no a caballo de la implacable razón:

Solís sentíase impresionado. ¡Ah, era indudable que todos los argentinos formaban una sola estirpe, que procedían de un origen común! De otro modo ¿cómo pudiera emocionarle a él aquella pobre musiquita? Había algo en la tonada de los indios que venía desde el fondo de los siglos pretéritos, desde lo más profundo de la raza. Sí; eran todos los argentinos hermanos de estos hombres, hijos, como ellos, de estas mismas tierras indianas (*ivi*, p. 286).

Ya hemos visto, en otras citaciones, cómo el ambiente riojano, opresivo y poético a la vez, ejercía un irresistible determinismo sobre sus habitantes. Entrelazados en un mismo plano, sabidurías milenarias y antiguas razas degradadas, haraganería y belleza, mecanicismo y dinamismo, opresión moral y grisácea dulzura, muestran las aristas ambiguas de un ambiente que Gálvez vacila en aceptar o en rechazar. En cambio, en *La tragedia de un hombre fuerte*, la descripción minuciosa de la ciudad natal de Víctor Urgel no brinda espacio para la esperanza ni para la poesía:

El pueblo era una aldea semicolonial. Componíase de casas bajas, chatas, pobres, con techos de tejas y a dos aguas la mayoría, de adobe un buen número y muchas sin revocar. Algunas, de líneas toscas y primitivas, de pisos de ladrillos [...] y en cuyos huecos anidaban murciélagos y arañas, recordaban los tiempos del

Virreynato [...] Las calles, sin pavimento, eran arenales que en el verano, a causa de las sequías y de la violencia del sol, tornábanse terribles. Ocho o diez calles a lo largo y tres o cuatro a lo ancho, componían aquella capital de provincia. A un metro sobre la calle levantábanse las aceras: llenas de bajadas y subidas, de baches, de corcovas; las mejores con piso de ladrillos, pero rotos y encajados sin simetría, y remendadas de cascotes [...] A la noche, si no había luna, las calles poníanse intransitables. Los faroles a kerosén, uno por cuadra, bostezaban, con egoísmo de raquíticos, una lucecita amarillenta, ética, sucia [...] Sólo arriesgábanse a romperse el alma en la acera, o a ser asaltados, los impenitentes jugadores o los politiqueros que dirigíanse a sus tertulias (Gálvez, 1942, pp. 40-41).

Nótese, de nuevo, los degradantes adjetivos calificativos que jalonan este pasaje: las casas eran “chatas”, “pobres”, de líneas “toscas” y “primitivas”, sus calles caniculares eran “terribles” y la lucecita de sus faroles nocturnos brillaba perezosa, “bostezando”, con “egoísmo de raquíticos”, con una tonalidad “amarillenta”, “ética”, “sucia”. Sus peligrosas calles nocturnas sólo eran transitadas por la hez de la sociedad: bandidos, jugadores, y “politiqueros” que no alcanzaban la altura moral del político o del estadista. Todo en un marco de primitiva sociabilidad típicamente criolla, caracterizada por las tradicionales y caseras “tertulias”. La vida permanecía allí inmóvil, miserable, e indefectiblemente monótona. Campeaban en las calles y en las gentes una estrechez física y espiritual, una suciedad ubicua, una exasperante serie de supersticiones y una ignorancia generalizada:

¡Vida estática, vida miserable, vida triste! Y en lo espiritual, idéntica quietud. Nadie leía. Nadie estudiaba, fuera de los niños de las escuelas y de uno que otro abogado. La misma chatura, el mismo atraso en la vida del espíritu que en la existencia física. A la falta de limpieza de los cuerpos correspondía la falta de limpieza de los espíritus. Como aquellos cuartos de grandes vigas para sostener los techos y en los que anidaban los murciélagos y las arañas, así las almas estaban llenas de los murciélagos de las supersticiones y de las telarañas de los prejuicios. Creíase en brujas, en lavanderas, en diversas encarnaciones demoníacas como el Petiso de los Callejones, en el daño y el mal de ojo. Había supersticiones en materia de higiene, de alimentación, de religión, de todo. Los espíritus dormían una inacabable siesta. Jamás aparecía una idea en aquellas cabezas. Jamás surgía un rasgo de independencia. ¡Vida estática, vida miserable, vida triste! (*ibídem*, p. 43).

Estas descripciones de la capital provinciana, de nombre jamás revelado, de la que es oriundo Víctor Urgel, se asemejan significativamente a las que Manuel Gálvez, pocos años atrás, realizara de la ciudad de su niñez. En un artículo periodístico recogido en 1916 dentro del volumen *La vida múltiple*, Gálvez brinda el testimonio de la Santa Fe finisecular, todavía colonial y criolla, en vías de iniciar su proceso de transformación:

La moderna Santa Fe, comercial y opulenta, no es aquella pobre y vieja ciudad de hace treinta años donde viví las horas de mi infancia y que tan exactamente merecía su nombre, católico y sonoro, de Santa Fe de la Vera Cruz. Por aquellos años, Santa Fe comenzó una nueva etapa de su vida. Yo no recuerdo casi nada de la época anterior a sus transformaciones, pues era entonces demasiado pequeño; pero sí conservo en la memoria infinidad de detalles y sensaciones de aquella década de progreso en que, lentamente, surgían barrios poblados de los eriales; en que empezaban a caer las tapias vetustas, los aleros de tejas y los ranchos techados de paja; en que desaparecieron las serenatas, las veredas montañosas, los postes esquineros para atar caballos, y los baños mixtos de hombres y mujeres en el Campito; y en que se inició la decadencia de las empanadas, del dulce de leche, y de la castiza y patriarcal costumbre de dormir la siesta (Gálvez, 1916, p. 193).

El joven novelista no deja, sin embargo, de evocar con gusto la mágica poesía de aquella ciudad perdida para siempre, en especial la del denominado “barrio del sur”, el más característico de Santa Fe:

No menos interesante, y más bello, era el barrio al atardecer, cuando venía la brisa del río, cuando los jazmines del Cabo se tornaban más blancos y más fragantes, y las frescas muchachas, de percal y trenza, salían a las puertas. A la noche, sobre todo cuando había luna, el barrio cobraba una gran belleza romántica. Era una decoración ideal para serenatas, para diálogos de amor, para besos embriagadores bajo las sombras de los naranjos. A veces se oían guitarras. Y se dijera que en el ambiente se había difundido una dulce voluptuosidad (*ibídem*, p. 196).

Se advierte en este fragmento, como en varios de *La maestra normal*, el irresistible determinismo del medio, caracterizado, muy reprobablemente para un autor católico y conservador como Gálvez, por su “dulce voluptuosidad”, o dicho de otro modo, por un vago y silvestre erotismo. En esta atmósfera que se balanceaba entre el instinto más inconfesado y la poesía más salvaje, poco pueden hacer sus habitantes, como producto directo de la misma, para sustraerse a sus más inquietantes influjos. Aun en desmedro de su evocación poética, Gálvez no comulga del todo con la imagen idealizada del pasado criollo. Éste, más allá de su aparente pureza y de sus sugerencias literarias, no dejaba de pecar de malsano. De allí la aceptación con reticencias de la tradición. Esta aprobación relativa coexiste con una posición positiva hacia el progreso, por prosaico que éste pudiese ser, puesto que éste supone un reordenamiento moral y material de la sociedad:

Dejemos partir el pasado, pues si bien es cierto que con él se va un poco de belleza, de heroísmo, de vida pintoresca y original, también se va con él mucha injusticia, mucha ignorancia, mucha desigualdad. Dejemos que el pasado se lleve las noches

de plaza con su encanto sentimental y un poco cursi; las serenatas con guitarra a las dulces amadas; el bullicio pintoresco de los viejos carnavales, cuando se arrojaban huevos de avestruz al transeúnte arisco, y se asaltaban las casas rompiendo vidrios [...] y otras costumbres de tierra caliente y dorada, de pueblo dormido y soñoliento [...] Todas las épocas del mundo tienen su belleza y su poesía. Sepamos nosotros encontrar la belleza de la nuestra, y dejemos al pasado que se aleje, que se vaya para siempre; pero no digamos ingenuamente y llorosamente que fue mejor sólo por ser pasado (*ivi*, pp. 199-200).

La sociedad criolla no peca únicamente de indecorosa (pese a sus rígidas convenciones sociales y religiosas) sino también de violenta. Crudeza y dulzura conviven en un inarmónico conjunto. Este pequeño mundo provinciano regido por la más añeja tradición hispanocriolla es en buena medida una sociedad precapitalista, bucólica, toscamente pastoril, exenta de disciplinas intelectuales, laborales y horarias. Sólo la redime la distancia temporal, el afecto de la tierra y la familia o su confrontación con la amenazante marea cosmopolita y desnacionalizadora de las grandes ciudades del Litoral. De modo análogo, Víctor Urgel, en el transcurso de sus primeros años, fue testigo privilegiado de la transformación de su pueblo. La misma se tradujo en una abierta derrota del Pasado más rancio y retrógrado:

Víctor asistió en su niñez a la primera batalla contra el espíritu estático. Sus ojos, absortos y curiosos, vieron caer las casas viejas. Los tejados derrumbábanse como podridos, ahuyentando a los murciélagos. Cuevas de roedores carcomían los coloniales cimientos. Y una casita flamante, limpia, menos característica sin duda, se levantaba en el solar antiguo certificando la nueva era de la ciudad. Vieron los ojos del niño huir las sombras misteriosas ante el golpe mágico de la luz eléctrica. Diríase que aquellas sombras llevábanse a esos duendes que a la hora de la siesta corrían a los niños en las huertas; a las viudas, que su imaginación medrosa agigantaba y a las que atribuían pavorosas maldades; a Mandinga, a las ánimas, a las luces malas. Las calles vestíanse de fiesta con sus altos focos, y sin duda para recibir la gloria luminosa el pueblo alfombró de piedra la desnudez del suelo. Los eriales y los pantanos florecían de casitas; las tapias, exuberantes de zarzales, desaparecieron; y no quedó sino el recuerdo del polvo atroz de las calles, de las plazas suburbanas que eran antes lagunas llenas de sapos y de ranas (Gálvez, 1942, pp. 43-44).

Acompañando estas decisivas innovaciones, llega el tranvía a tracción sangre, que revoluciona el transporte urbano, mientras la provincia pasa a ser regida por un gobernador progresista, hermano de la madre de Víctor. He aquí un detalle autobiográfico insertado en *La tragedia de un hombre fuerte* por Manuel Gálvez, ya que fue justamente José Gálvez, su tío paterno, quien se desempeñó como gobernador de la provincia de Santa Fe entre 1886 y 1890. El mandato de

ambos gobernadores, tanto del histórico como del ficcional, estuvo signado por el fomento de la inmigración europea, la fundación de colonias agrícolas, las reformas legislativas, la expansión de la educación pública y el avance del ferrocarril:

Un día, el niño vio correr por las calles un monstruoso aparato arrastrado por dos caballos. Él ignoraba entonces que el progreso no es sino un asunto de locomoción, y en vez de comprender la trascendencia del tranvía le tuvo miedo. El niño ignoraba también que desde aquel año de su nacimiento, la provincia, gobernada por un hombre genial, hermano de su madre, y secundado por otros espíritus civilizadores, transformábase en absoluto, llenándose de escuelas y ferrocarriles, de colonias y buenas leyes (*ibídem*, p. 44).

Esa vertiginosa transición de los viejos a los nuevos tiempos, de la tradición criolla al Progreso internacional, se manifestaba como un proceso glorificado y lamentado a la par. ¿Cabría, aun así, la posibilidad de una resolución airosa del conflicto? El proyecto literario de Manuel Gálvez buscaba, de alguna manera, el fin de la contradicción, la síntesis superadora.

### **Las provincias a Buenos Aires y Buenos Aires a las provincias**

Pese a todo lo señalado hasta aquí, tanto en *El diario de Gabriel Quiroga* como en las novelas que le siguieron, Manuel Gálvez atribuiría siempre al Interior en general, pero en especial a sus ciudades provincianas, una calidad moral, un nacionalismo ingénito, y unas virtudes artísticas y filosóficas, inexistentes en los centros urbanos del Litoral. Como ya hemos visto en páginas anteriores, estas pequeñas ciudades, tan pobres, propiciarían en contrapartida el ensueño, la poesía, la interrogación metafísica, la singularidad personal, el mejoramiento ético, y la hondura del espíritu. Veamos, una vez más, lo que escribe Gálvez-Quiroga en 1910:

Estas ciudades de provincia tan viejas y tan pobres atesoran encantos singulares. Para los seres sencillos que aman la placidez de la existencia y poseen el don precioso de vivir interiormente, nada más admirable que estos lugares remotos y solitarios. Ellos propician las plenitudes del ensueño; favorecen el reposo del alma; disponen el espíritu para el advenimiento de la filosofía [...] inducen a los hombres a la piedad y a la indulgencia; prestigian la intensificación y el desarrollo de la personalidad; contagian la poesía de sus paisajes e infunden sobre los seres sensibles una vaga tristeza pensativa (Gálvez, 2001, p. 144).

Por otro lado, la esperanza del país radicaría en los jóvenes provincianos nacidos y criados en esta atmósfera bucólica, aquellos que, como el propio Manuel

Gálvez, arriban a Buenos Aires para estudiar y trabajar. Ellos aportan idealismo y espiritualidad a la ciudad materialista, actuando como una bocanada de aire fresco:

En cada uno de esos tenaces y laboriosos muchachos provincianos que vienen a conquistar Buenos Aires hay una semilla de esperanza y un germen de idealismo. Esos muchachos, que son años después los más sabios médicos, los más personales y fuertes escritores, los estadistas y políticos más distinguidos, traen al ambiente materialista de la capital sus inquietudes espirituales, su amor por las ideas, su fe, su idealidad, su patriotismo (*ibidem*, p. 138).

La denominada "Generación del Centenario", que siguió a la del "Ochenta", y de la que formaron parte autores como Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, Juan Pablo Echagüe, Ricardo Olivera, Alberto Gerchunoff, Emilio Becher, Atilio Chiappori y Mario Bravo, entre otros, estaba compuesta mayoritariamente por jóvenes provincianos radicados en la Capital Federal y nucleados en torno al proyecto literario de la revista *Ideas* (Payá-Cárdenas, 1978, p. 19). En consonancia con la postura que refleja la experiencia vital de esta generación de intelectuales, Julio Solís, en *La maestra normal*, insiste en señalar la superioridad espiritual del Interior sobre Buenos Aires:

Los hombres no tenían el mundo de preocupaciones que en Buenos Aires. Los espíritus, más en contacto con la naturaleza, eran profundos, soñadores, sensibles. Él había comprobado esto, notando el sentimiento de la poesía en las gentes provincianas. En Buenos Aires, aun entre los literatos que él frecuentara, se encontraban poquísimos hombres que sintiesen la poesía. Si acaso leían versos los juzgaban de acuerdo con sus opiniones retóricas: jamás de acuerdo con las emociones de su corazón. Esto demostraba la superficialidad de aquellos espíritus. Y era indudable que los hombres superficiales, materialistas, que no piensan sino en negocios, son poco capaces de un amor idealista y profundo. En las provincias estaban los mejores espíritus que había tenido el país (Gálvez, 1921, p. 141).

Pero en realidad es en Buenos Aires en donde los provincianos pueden desplegar, por contraste, su espiritualidad y sensibilidad, desarrollándose plenamente y dando lo mejor de sí. En las provincias se estancarían, ya que el ambiente resulta allí tan estrecho como opresivo. Identificamos aquí, nuevamente, una fisura o "ruptura ideológica" en el pensamiento de Gálvez que venimos analizando. El Interior no sería en realidad tan poético y noble, mientras que Buenos Aires, por su parte, no sería tan perniciosa como, a priori, podría suponerse:

El verdadero mérito de los provincianos, aparte de los que tienen un valor en sí mismos, les viene en realidad por contraste. Su aptitud contemplativa y su

*Manuel Gálvez y la concepción del Interior argentino en sus textos de juventud* 177

profundidad espiritual [...] adquieren en medio de nuestro materialismo y de nuestra superficialidad una inmensa importancia [...] Pero el provinciano en su provincia no es nada de esto. El medio lo oprime y lo ahoga. Sintiendo incapaz de liberarse, se entrega a él completamente, y pasa sus días en las confiterías, sin otra ocupación que jugar al billar o a la baraja [...] La envidia sordida de esos pueblos, la pequeñez, la ignorancia, lo poseen absolutamente (Gálvez, 2001, p. 149).

Al viajar por el Interior Gabriel Quiroga se topará no sólo con el “alma nacional”, sino con el atraso material, intelectual y moral más acusado (Gramuglio, 2001, p. 39). Ese Interior ostenta en verdad un carácter caduco, carente de dinamismo y de promesas positivas, que Manuel Gálvez no deja de percibir y de deplorar. La poesía, el “clima tradicional y argentino”, el “alma nacional”, siguen persistiendo merced a la tristeza que conserva e inmoviliza. Es esta misma tristeza la que todo lo ensucia, la que contamina la atmósfera, de la misma forma que lo hace “ese polvillo de las calles provincianas” (Payá-Cárdenas, 1978, p. 128). No hay en estas poblaciones postergadas un objetivo vital, sino que es “la poesía de la muerte” la que en ellas impera. Resultan ideales, claro está, para los espíritus contemplativos y para los amantes de la vida sencilla, que tanto padecen el bullicio porteño. También funcionan como “contrapeso espiritual” al “dinamismo materialista” de las grandes ciudades. Mas de la lectura de *El diario de Gabriel Quiroga* y de *La maestra normal* se infiere que, por sí solas, las ciudades provincianas no pueden expandirse y “reespiritualizar” la flamante civilización que asoma, porque están, lisa y llanamente, “muertas” (*ivi*, p. 128).

Es por ello que la única solución sana es que Buenos Aires y el Interior converjan, fundiendo sus fuerzas encontradas en una síntesis superadora. En una entrada de *El diario...* fechada en Salta, el 18 de junio de 1908, Gálvez-Quiroga no desestima del todo el proyecto modernizador del 80, el cual debería ser proseguido por vía de las mejoras materiales y tecnológicas que alcancen también a las comarcas marginales del Interior. Según él, la Argentina feliz del futuro será el producto de la unión de ambos países, del anacrónico Interior y de la progresista ciudad-puerto:

Todas las excelencias provincianas serán perdidas mientras no realicemos el milagro de llevar Buenos Aires a las provincias y de traer las provincias a Buenos Aires. Buenos Aires para las provincias quiere decir trabajo, higiene, alimentación. Nuestro enemigo, se dijo hace muchos años, es el desierto. Mientras las provincias vivan en el aislamiento, ¿qué podemos esperar de ellas? Gentes incultas, mal alimentadas, sin ideas generales, dejan correr los días en la calma absoluta de una barbarie pacífica. Es preciso llenar las provincias de ferrocarriles y de escuelas. Sobre todo es preciso enseñarles que, en la sociedad argentina del presente, tienen una misión muy noble que cumplir: poner el idealismo que falta, hacer revivir el



sentimiento de la nacionalidad que hemos perdido, restaurar el patriotismo e infundir la esperanza y los anhelos en destinos eternos, fecundos, nobles (Gálvez, 2001, p. 150).

Tal como aclara María Teresa Gramuglio, ciudad y campo son “palabras poderosas”, ya que aluden a experiencias básicas de las comunidades humanas. También actúan como “términos relacionales”, que se necesitan mutuamente y que generan imágenes contradictorias, en el sentido de “lugares de mejoramiento o de degradación”. De todas maneras, aunque en el pensamiento y en la obra de Manuel Gálvez las ciudades pueden ser infernales no alcanzan a ser combatidas con el “retiro bucólico” ni con el “orden más justo” del campo. En realidad, lo rural aparece como descalificado (Gramuglio, 2013, p. 195). Si algunos de sus elementos con valorizados de manera positiva, lo hacen de manera marginal, subsumidos en la formación cultural dominante, que es la urbana<sup>11</sup>.

## Conclusiones

Hemos recorrido, a lo largo de nuestro artículo, los hitos literarios e ideológicos de la primera etapa de producción de Manuel Gálvez, entre 1910 y 1922. Partiendo de sus ensayos y siguiendo con sus novelas hemos procurado resumir sus tópicos principales. De esta forma, hemos visto cómo el plan novelístico concebido por el joven autor en torno al Centenario procuraba inaugurar una mirada abarcadora de todos los aspectos sociales, económicos y culturales del país, retratándolos y denunciándolos, cuando fuese menester. Hemos comprobado asimismo cómo Gálvez procuraba cristalizar, en el género novelístico realista y naturalista, sus ideas más orgánicamente expresadas en sus ensayos. Pero esta operación, como hemos mostrado también, naufragaba o vacilaba por momentos. La mayor coherencia conceptual de Gabriel Quiroga, alter ego de Manuel Gálvez, con sus ideas nacionalistas, criollistas, por momentos xenófobas, se traducían en la ambigüedad de sus personajes novelescos, como José Alberto Flores (*La sombra del convento*) o Víctor Urgel (*La tragedia de un hombre fuerte*). Aun así, hemos dado cuenta, en este trabajo, de correlaciones o analogías bastante marcadas entre un registro literario y otro. Podemos citar, entre éstas, el hispanismo galveziano, combinado con su telurismo y su unamuniana “intrahistoria”, su criollismo tradicional, su valorización del Interior en tanto encarnación de la intrahistoria argentina, postrero reservorio de la nacionalidad

---

<sup>11</sup> En este período juvenil de producción la novela más “urbana” de Manuel Gálvez es *El mal metafísico* (1916). De tinte autobiográfico, describe la bohemia intelectual y artística del Buenos Aires de principios de siglo que el propio autor conociera en su época de estudiante y de redactor de la revista *Ideas*.

amenazada por la inmigración y reducto de espiritualidad, sentido moral y poesía, así como el rechazo a Buenos Aires, a su cosmopolitismo y a su materialismo.

Las “rupturas ideológicas”, en tanto, jalonan las novelas juveniles de Manuel Gálvez, dándonos la pauta de que el ensayista y militante, manifiestamente enrolado en los sectores antiliberales, católicos y conservadores, incurría en las más ricas y sugerentes ambigüedades cuando escribía ficción. Las inesperadas paradojas del novelista enfurecían así a sus lectores más “naturalmente” adictos, y llenaban de equívoco entusiasmo a quienes cerraban filas en el campo opuesto, como fue el caso de los integrantes del grupo de Boedo. En este contexto tan conflictivo, hemos comprobado cómo el paisaje del Interior se teñía de claroscuros. Si bien en algún pasaje de *El diario de Gabriel Quiroga* las provincias ya habían sido mostradas bajo una luz desfavorable y Gálvez-Quiroga ya había sugerido la convergencia de las dos Argentinas, la de las llanuras y la de las montañas, es en las novelas posteriores en donde este ambiguo planteo, esta “ruptura” en el pensamiento galveziano, se hace más patente. De esta guisa, el escritor ejecuta enrevesados y poco logrados esfuerzos para intentar conciliar sus posturas contradictorias. Así, por ejemplo, el inmovilismo provinciano, de raíz española, es capaz de parir un espíritu dinámico, como el de los grandes líderes criollos. Don Bernabé Urgel e Ignacio Belderrain, cada uno por su lado, grafican las figuras señeras de estos patriarcas del Interior. Ambos son figuras formidables, palancas de progreso y de conservadurismo a la par, así como frutos directos y espontáneos de una tierra y de una raza superiores. La negatividad que puede sugerir Belderrain, con su intransigencia religiosa, es desmentida por su notable valorización, en el epílogo de *La sombra del convento*. Manuel Gálvez demuestra aquí ser un católico hartamente peculiar, imposible de ser encasillado estrictamente como crítico renovador o como doctrinario acérrimo, puesto que titubea entre la flexibilidad, la bondad y el acercamiento a los sectores populares, por un lado, y el feroz elitismo y dogmatismo de un Belderrain que se opone al matrimonio civil, por el otro. La sentida muerte del doctor cordobés marca el fin de una época, el lamento por el presente utilitario e inmoral, pero también la celebración de los tiempos nuevos, del Progreso indetenible. Tamañas inconsistencias (absolutas o relativas) las vemos repetirse en *La maestra normal*, cuando la descripción de la Fiesta del Niño Alcalde pivotea entre la sublimación más positiva de las raíces precolombinas y el racismo más acusado. Tal como sugiere María Teresa Gramuglio, la fluctuación entre estas dos visiones contrapuestas que no logran equilibrarse en un plano formal, es recurrente en la novelística de Gálvez.

El propio autor, aunque enredado y confundido con frecuencia en sus propias postulaciones, no deja de ensayar un principio de solución a tales “rupturas”. Más allá del rígido determinismo del medio social y natural, la superioridad espiritual, artística y moral de las ciudades del Interior sigue siendo,

en todo instante, evidente para él. La esperanza del país residiría, entonces, en los jóvenes provincianos radicados en Buenos Aires, aquellos que, como él, dieron existencia activa a la “Generación del Centenario”. En realidad, tanto el Gálvez ensayista como el Gálvez novelista consideran que sólo en Buenos Aires pueden los provincianos desarrollarse con plenitud. Por lo tanto, la única posibilidad sana es que Buenos Aires y el Interior converjan en una síntesis superadora. Ambas Argentinas se modelarán así recíprocamente, se fundirán y darán nacimiento al país venturoso del porvenir, inextricable combinación de tradición y modernidad, de espiritualismo y de materialismo, de poesía y de pragmatismo.

### Bibliografía

- BARRÈS, Maurice. *La grande pitié des églises de France*. París, Émile-Paul, 1914.
- BIALET MASSÉ, Juan. *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.
- DESINANO, Norma. *La novelística de Manuel Gálvez*. Rosario, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral, 1965.
- DEVOTO, Fernando. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- FOSTER, David William. ‘Ideological ruptures in Manuel Galvez’s “Historia de arrabal”’, in *Hispanic journal*, vol. 4, Nº2, 1983, pp. 21-27.
- GÁLVEZ, Manuel. *El enigma interior*. Buenos Aires, Edición del autor, 1907.
- GÁLVEZ, Manuel. *Sendero de humildad*. Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1909.
- GÁLVEZ, Manuel. *El solar de la raza*. Buenos Aires, Nosotros, 1913.
- GÁLVEZ, Manuel. *El mal metafísico*. Buenos Aires, Nosotros, 1916.
- GÁLVEZ, Manuel. *La maestra normal (vida de provincia)*. Editorial Patria: Buenos Aires, 1921.
- GÁLVEZ, Manuel. *Historia de arrabal*, Buenos Aires, Editorial Deucalión, 1956.
- GÁLVEZ, Manuel. *Recuerdos de la vida literaria (I). En el mundo de los seres ficticios*. Buenos Aires, Editorial Hachette, 1961.
- GÁLVEZ, Manuel. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*. Buenos Aires, Taurus, 2001.
- GANIVET, Ángel. *Idearium español*. Madrid, Editorial Aguilar, 1961, tomo I.
- GRAMUGLIO, María Teresa. “Estudio preliminar”, in Gálvez, Manuel. *El diario de Gabriel Quiroga. Opiniones sobre la vida argentina*. Buenos Aires, Taurus, 2001, pp. 9-55.
- GRAMUGLIO, María Teresa. “El imperio realista”, in Gramuglio, María Teresa. *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 6: El imperio realista*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2002, pp. 7-12.

- GRAMUGLIO, María Teresa. *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*. Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013.
- MYERS, Jorge. "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860", in Devoto, Fernando – Madero, Marta (directores). *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus, 1999, pp. 112-141.
- OLIVARI, Nicolás – STANCHINA, Lorenzo. *Manuel Gálvez. Ensayo sobre su obra*. Buenos Aires, Agencia General de Librería y Publicaciones, 1924.
- PAYÁ, Carlos – CÁRDENAS, Eduardo. *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1978.
- PRIETO, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1988.
- ROJAS, Ricardo. *Literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (4 volúmenes). Librería "La Facultad", Juan Roldán y Cía, Buenos Aires, 1917-1922.
- ROUQUÉ, Alain. *Autoritarismos y democracia. Estudios de política argentina*. Lanús, Edicial, 1994.
- UNAMUNO, Miguel. *Ensayos y artículos*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980.
- UNAMUNO, Miguel. *En torno al casticismo*. Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

### **Santiago Javier Sánchez**

Doctor en Ciencia Política (Universidad Nacional de Rosario, Argentina) – PhD en Littérature option Littérature Hispanique (Université de Montréal, Canadá) – Profesor y Licenciado en Historia (Universidad Nacional de Rosario, Argentina) – Becario Postdoctoral CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina).

Contacto: santiagosancheznob@hotmail.com

**Recibido:** 14/07/2016

**Aceptado:** 20/06/2017